

marta, lamas

**la secretaria
no es
la segunda
de
alguien**

I. Las mujeres han trabajado siempre. Sus ocupaciones han sido fundamentalmente la producción de bienes y servicios dentro de la unidad familiar. A partir de la revolución industrial la mayor parte del trabajo productivo que se realizaba en las casas se empezó a efectuar en fábricas y talleres. Las mujeres dejaron de batir su propia mantequilla, de hilar sus telas, de confeccionar su ropa y los hogares dejaron de ser estos pequeños centros de producción familiar. Los tejedores, los panaderos, los carpinteros salieron a vender su fuerza de trabajo a las fábricas. Los artesanos se fueron convirtiendo en operadores de máquinas.

Al romperse la unidad familiar de producción con la incorporación del marido a la fábrica, la mayoría de las mujeres se enfrentaron con que lo que antes se fabricaba en casa, ahora se tenía que comprar y que, además, el salario del marido no era suficiente. Entonces muchas mujeres tuvieron que ponerse a trabajar en forma asalariada para poder mantener un mínimo de equilibrio económico. Así las mujeres se enfrentaron a tres tipos de trabajo: trabajar como asalariadas (obreras) en las fábricas que estaban surgiendo, trabajar a destajo en sus casas o trabajar de sirvientes en casas particulares. Aquí

surge la doble jornada de trabajo para las mujeres proletarias, que debían seguir realizando el trabajo doméstico de su propia casa; todo esto en condiciones inhumanas que las desgastaban física y emocionalmente y que implicaban el abandono de sus hijos.

Las mujeres de las clases medias habían sido tradicionalmente amas de casa y las pocas que necesitaban trabajar se dedicaban a la docencia, ya fuera como maestras o institutrices. Algunas tenían pequeños comercios y también se dedicaban a la costura. Si una mujer no lograba casarse, por lo general se quedaba en la casa paterna, a menos de no tener familia o ésta ser muy pobre para poder mantenerla.

Al ir modificándose el mundo de trabajo de los hombres, debido al aumento en la producción industrial y al incremento en el comercio, se necesitaron empleados para ocuparse del papeleo, las cuentas y la correspondencia. Es así como surge la oficina. Las mujeres que necesitaban trabajar, pero que por su posición de clase no lo hacían en una fábrica o en el servicio doméstico, encontraron en la oficina el lugar adecuado. La oficina vino a llenar un vacío en cuanto a fuente de trabajo para la clase media, hombres y mujeres.

EN NUESTRO ESTABLECIMIENTO
LAS CHICAS DEBEN USAR EL
UNIFORME. SONRÍA SIEMPRE.
USE DESODORANTE. SU ASPECTO
HA DE SER SIEMPRE IMPECABLE
Y... ¿POR QUÉ NO SE OPERA LA
NARIZ?



Pero la incorporación de las mujeres al trabajo de oficina no fue ni rápida ni sencilla; tuvo que seguir el proceso tradicional que se da frente a cualquier intento de penetración femenina a un territorio masculino. Los hombres siempre se han defendido de la entrada de mujeres en sus campos de acción, especialmente de trabajo, ya que esto representa, por un lado, el abaratamiento del mismo, y por el otro, una cierta "degradación" cultural (si una mujer lo puede hacer, entonces no es tan difícil o importante), y han preferido, al no poder conservarlo, salirse y dejar que se convierta en una profesión femenina.

Las mujeres han sido siempre una gran reserva de fuerza de trabajo, y aunque estén igual de capacitadas que los hombres, son mucho más baratas. Como el trabajo de oficina requería un mínimo de capacitación (fundamentalmente la instrucción de las clases medias) hubo un momento en el que el número de hombres con esa instrucción empezó a escasear y, en vez de emplear a hombres de otra clase, se prefirió contratar a mujeres de la clase media. Luego se quiso justificar esta medida diciendo que este trabajo era "apropiado" para las mujeres, pues era rutinario y sedentario. Pero la verdad tiene siempre sus tintes económicos. La incorporación de las mujeres al trabajo asalariado fue el resultado directo del crecimiento y desarrollo del capitalismo que, por un lado, necesitaba más personas para trabajar en las nuevas industrias y oficinas y, por otro, creaba condiciones de empobrecimiento que obligaban a las mujeres a trabajar. Pensar que el capitalismo creó empleos "adecuados" para las mujeres es parte del mito, que la ideología dominante ha reforzado porque le conviene, de que hay labores "femeninas" y "masculinas".

El ingreso no se planteó, de ninguna manera, como una usurpación o competencia. La entrada de las mujeres en la oficina se hizo bajo el rubro de "ayuda" para los hombres. Se les planteó como un hecho dichoso que los liberaría de las tareas más aburridas e ingratas, propias de mentes no tan "superiores" como las masculinas. Otro suceso que ayudó a disfrazar la entrada de las mujeres fue la invención de dos máquinas: el teléfono y la máquina de escribir. Tuvieron que crearse puestos nuevos, que llenaban esas funciones, y las mujeres los pudieron ocupar desde un principio sin necesidad de desplazar o cuestionar los empleos masculinos. Estos dos puestos, telefonistas y mecanógrafas, siguen siendo hasta la fecha monopolios femeninos.

De esta manera las mujeres fueron ocupando puestos, primero en las áreas de crecimiento más rápido y menos atractivas para los hombres, y después en las demás áreas. Entonces el prestigio de los empleados empezó a decaer: "si una mujer lo puede hacer, entonces no debe ser gran cosa". Poco a poco los hombres empezaron a salirse y los jefes complacidos contrataban mujeres que les resultaban más baratas.

Los padres de clase media o alta que pasaban por una situación económica difícil descubrieron que sus hijas podían contribuir al ingreso familiar sin menoscabar su "reputación" y sin "descender" a la categoría de sirvientas u obreras. El trabajo en oficinas era "decente", no se "rozaban" con "pelados" y percibían un salario muy necesitado. Estas mujeres y sus familiares no asumían el hecho de que trabajaban por razones económicas, sino que lo planteaban en parte como un entretenimiento. Esto hizo mucho daño a mujeres que vivían del trabajo y que se tenían que conformar con sueldos bajos ya que su trabajo se veía como una "ayuda" familiar y no como el único sostén de la familia.

La situación ha cambiado poco. El trabajo de las mujeres, aún hoy, es considerado o como un complemento o como un "pasatiempo" mientras llegan los príncipes azules que las sacarán de trabajar. Esto perjudica bastante a las mujeres que viven de su trabajo, que son la mayoría, y a las demás les da una imagen distorsionada de su realidad, reafirmando la idea tradicional de que "el hogar" es el sitio "natural" para la mujer y su misión en la vida tener hijos y marido.

En los trabajos de las oficinas se refleja la estructura de clases de nuestro sistema. Las hijas de la burguesía, que trabajan por deporte, tienen los mejores trabajos. Bellas, bien vestidas y maquilladas son contratadas por su apariencia. Una secretaria bella le da mucho status a su jefe. Las secretarias de extracción más humilde ocupan los peores puestos aunque estén mejor preparadas que las otras. Ellas son contratadas por su rendimiento, aunque también cuenta la "buena presentación". En muchos casos ganan menos que una amiga obrera, aunque el status frente a ella sea mayor. El trabajo de secretaria ha sufrido una serie de transformaciones; una de las características que tiene actualmente es que, aparte de ser una fuente de trabajo, se ha convertido en un medio de movilidad social. Por eso hoy en día nos enfrentamos con una contradicción aparente: mientras muchísimas mujeres luchan por dejar sus trabajos de secretarias, miles más aspiran tener ese mismo trabajo.

II. Pero ¿qué hacen las secretarias?, ¿en qué consiste su trabajo?, ¿quiénes trabajan como secretarias?, ¿qué piensan ellas de su trabajo?

Para contestar estas y otras preguntas se realizó una encuesta entre 75 secretarias de diferentes edades y en diferentes tipos de oficina. La muestra se repartió de la siguiente manera:

- 5 estudiantes para secretarias, entre 16 y 18 años.
- 30 secretarias entre 18 y 25 años, 10 trabajando en la iniciativa privada, 10 empleadas en la UNAM y 10 empleadas en oficinas gubernamentales.
- 30 secretarias entre 25 y 35 años, 10 trabajando en la I. P. 10 en la UNAM, y 10 en el gobierno.
- 10 secretarias de más de 40 años, 5 de la UNAM y 5 del gobierno.

Las entrevistas duraron alrededor de 45 minutos, aunque varias se extendieron hasta una hora y media; se realizaron en bancos, agencias de publicidad, constructoras, grandes almacenes, en la UNAM y en cuatro dependencias gubernamentales. En las entrevistas se marcaron dos grandes diferencias que separan grupos muy delimitados. La primera diferencia que se da es entre las secretarias de empresas privadas y las del gobierno y la UNAM. La otra es entre las menores y las mayores de 30 años.

Las principales diferencias fueron las siguientes:

a) **Actitud frente al trabajo.**

Las secretarias del sector público, al tener "base" (o sea que el puesto es de planta, e implica definitividad), tienen una seguridad que les falta a las de la iniciativa privada. Esto trae como consecuencia varias cosas tales como que las secretarias del sector público trabajarán más a gusto, con menos presiones y menos competencia.

Los de la iniciativa privada "cuidan" más su trabajo, porque lo pueden perder, y están sujetas a una serie de presiones por parte de la empresa. Estas presiones son muy evidentes en cuanto al arreglo personal. Les dan lineamientos respecto al tipo de vestido "adecuado" y algunas empresas dan cursos de "maquillaje" y "personalidad".

Dentro de la institución privada se hace una primera selección que se basa fundamentalmente en la "presentación". Las secretarias de la iniciativa privada eran notoriamente más bonitas y estaban mejor arregladas que las otras. Esto también es consecuencia de una característica que se desprende del tener o no base.

A QUI TIENES LO QUE LA EMPRESA
TE REGALA POR TU BODA ¿NO PENSARÁS
SEGUIR TRABAJANDO, VERDAD? AHORA
A SER UNA BUENA ESPOSA Y
UNA BUENA AMA DE CASA...



Las del sector público ven el trabajo como un "modus vivendi" para varios años hasta la jubilación, mientras que las de la institución privada tienen que aprovechar sus años de juventud para "cazar" marido y el trabajo es buen territorio de cacería, así que se arreglan. La diferencia en los grupos de edades también se marcó en este sentido.

Las chicas menores de 25 años, tanto de la iniciativa privada como del sector público, toman el trabajo fundamentalmente como un trampolín, ya sea para conseguir novio, marido o amante. Son consecuentes con la educación que se les ha dado y que adjudica a las mujeres el "destino natural" de madres y amas de casa. El trabajo es un "pasatiempo", mientras su verdadero destino es alcanzado. Es impresionante y lamentable ver a la mayoría de estas chicas realizar trabajos tontos o rutinarios sin cuestionarlos ni tratar de cambiar, ya que éstos no representan "lo importante" en sus vidas. El escapismo a través de revistas, novelas rosas y pláticas con los amigos está a la orden del día.

Las mujeres mayores aceptan el trabajo como una realidad inevitable y, dependiendo de si son solteras o casadas, tienen diferentes actitudes hacia él. Aunque la mayoría de las casadas se quejan de no poder atender sus hogares, el trabajo les representa una ventana al mundo fuera del asfixiante círculo familiar. Para las solteras el trabajo, la oficina es su vida. Tienen una lealtad y dedicación al jefe que rebasa los límites laborales.

La sustitución es evidente, en vez de marido tienen jefe, en vez de hogar, oficina; lo importante es realizar el rol femenino de "servir". El trabajo se convierte en una prolongación de la casa y de las relaciones tradicionales, pues también implica muchas otras labores relacionadas con asuntos personales del jefe. Ocuparse del jefe fue la definición más usual, y esto va desde limpiarle el escritorio, servirle el café, hacerle encargos, llevarle sus cuentas, ir al banco, comprar flores y regalos, llevar su ropa a la tintorería, acompañarlo a comidas o cenas, estacionar su coche, cuidarle su perro, acompañar a la mamá de compras, coserle la ropa, etc., hasta otras mucho más sutiles como apapacharlo, levantarle el ánimo, aconsejarlo, regañarlo, protegerlo, etc. Muchas dijeron que las trataban como esclavas o sirvientas. Todas dijeron que se espera de ellas una incondicionalidad absoluta y un comportamiento "femenino" (suaves, pasivas, aguantadoras, etc.). Todo esto, por supuesto, sin descuidar las labores estrictamente de oficina.

Las secretarias de las empresas privadas son conscientes de que su arreglo personal cuenta mucho. Tener una secretaria guapa y sexy constituye un símbolo de status entre los jefes. O sea que también cumplen con el papel de objetos decorativos y de reforzadores del ego masculino.

b) Relaciones con el jefe y con los compañeros de trabajo.

La mayoría de las entrevistadas calificaron sus relaciones con el jefe desde "las clásicas relaciones de jefe y empleado, "sólo que por ser mujer me debo aguantar y estar agradecida" hasta las clásicas relaciones entre hombre y mujer, "sólo que además es mi jefe".

Se quejaron de relaciones desiguales, no sólo por la jerarquía laboral, sino por el aspecto de la desigualdad cultural existente entre hombres y mujeres". Son relaciones de opresión", dijo una, "a mí me pide cosas que no se las pediría al mozo, y no puedo negarme".

Plantearon que para "sobrevivir" tenían que "agarrarle el modo", "no llevarle la contra", "dorarle la píldora", "hacerle creer que es genio y que me apantalla", "hacerle sentir que me muero por él", etc.

Todas se refieren al jefe como "Sr. Director", "Sr. Ingeniero" o "Sr. Fulanito", y todas, invariablemente, son llamadas por su primer nombre y en diminutivo.

Aquí no se marcó tanto la diferencia entre institución privada y sector público pues las relaciones entre hombres y mujeres ya están establecidos socialmente con ciertos roles que se juegan en todas las clases. Como estos roles condicionan tanto a hombres como a mujeres, son jugados en todas partes y de manera inconsciente por todos. Así las mujeres jóvenes juegan el papel de objetos sexuales disponibles y coquetean con hombres, y, si son mayores juegan el rol materno.

En las relaciones con los compañeros de trabajo sí se marcó bastante la diferencia entre institución privada y sector público.

Las secretarias de la institución privada, al no estar sindicalizadas ni participar políticamente, están muy imbuidas de la ideología clasista de sus empresas. Muchas se mostraron déspotas y autoritarias con sus subordinados, mientras que en el sector público se da el compañerismo y la unión de clase.

Invariablemente la lealtad de las secretarias de empresas privadas está en su jefe, mientras que la mayoría de las del sector público son leales al sindicato, y a sus compañeros de trabajo.

No se planteó modificar las relaciones laborales con los hombres considerando que "todos son iguales, así que para qué pelearme", "ya me acostumbré", "mi marido me trata peor" y argumentos similares que trasluce la importancia frente a algo conocido e "inmutable".

Entre las secretarias del sector público hay menos competencia pues no vienen a ser como rivales amenazantes. Dentro de la iniciativa privada la competencia es feroz y las secretarias se juegan el puesto. Una empresa privada puede liquidar a una secretaria cuando ésta deje de convenirle (¿gustarle?) al jefe. Es muy frecuente que una buena secretaria sea sustituida, sin razones aparentes, por una más joven y atractiva.

Las relaciones con jefa resultaron ser peores que las con jefe. Las que habían tenido jefas en algún momento las consideraban peores que los hombres, más rígidas y exigentes y además a ellas no se les podía coquetear. Esto de las jefas "duras" es bastante usual y muy lamentable, pero tiene una explicación: cuando una mujer "triumfa" en el mundo de los hombres es modelándose a su imagen y adoptando formas extremas por temor a parecer "blanda" o "femenina", lo que significa "poco masculina" y por lo tanto, ineficiente.

c) Posibilidades de cambio y expectativas.

De las mujeres entrevistadas fueron las de la iniciativa privada las que dijeron que sí había algunas, pocas, posibilidades de ascenso, y que este ascenso se reducía a pasar de simple secretaria a secretaria ejecutiva. A varias se les había negado el acceso a puestos secundarios dentro de la empresa, aduciendo débiles argumentos para enmascarar la verdad. A los hombres no les convenía que una secretaria pudiera realizar las mismas funciones que ellos pues ponía en jaque su prestigio y su puesto.

Dentro del sector público ni se planteaba la posibilidad de ascenso ya que la "base" les garantiza aumentos por antigüedad e ingreso al escalafón.

Las dos terceras partes de las entrevistadas son de extracción muy humilde y se han "ido labrando una posición". Han asimilado los valores de la clase media y tienen aspiraciones totalmente pequeño burguesas, no tienen conciencia de clase a diferencia de las del sector público que están algo politizadas.

Sólo una décima parte de ellas estaba estudiando al mismo tiempo. De esta décima parte las pertenecientes a la iniciativa privada estudiaban inglés mientras que las del sector público estaban terminando preparatoria.

La gran mayoría no esperaba cambiar de trabajo o actividad. Menos de la cuarta parte expresaron deseos de cambiar de trabajo, pero solamente a un puesto por arriba del propio y dentro de la misma empresa.

Se manejó mucho la idea tradicional de que hay "trabajos para mujeres" y dentro de éstos el de secretaria es considerado uno de los mejores, sobre todo si se compara con meseras, enfermeras, peinadoras, etc. Se mostraron bastante realistas (léase pesimistas) al plantear que los hombres no permitirán fácilmente la entrada de mujeres a otros puestos que no sean de ayuda o de apoyo.

III. En este artículo se ha planteado que un trabajo tradicionalmente considerado de "segunda" o "insignificante" es un doble trabajo, y por lo tanto existe una opresión sobre la ya tradicional explotación. Las mujeres secretarias tienen que cumplir, además de lo especificado en las condiciones de trabajo, con una serie de servicios que, como son una prolongación de su rol femenino, se consideran naturales. Esto se marca muy claramente si hacemos una comparación con los pocos hombres secretarios que existen. El jefe no espera estos servicios, ya anteriormente mencionados, ni el secretario los ofrece. Es más, aún en el caso de los mozos, office-boys o ayudantes masculinos, estos servicios no son esperados. ¿Se imaginan a un ayudante cosiendo botones o paseando a la mamá? ¡Cómo, si son cosas de "viejas"!

El trabajo de secretaria ha sido considerado como ayuda y apoyo al trabajo masculino. Las secretarias, y las mujeres que trabajan, no son consideradas como trabajadoras: sino primero son vistas como posibles objetos sexuales, como elementos transitorios y no son tomadas en cuenta. Cualquier hombre bien entrenado con nuestros roles sociales sabe que las mujeres existen sólo para apapacharlo, cuidarlo y pelearse por él. Lo peor es que también las mujeres somos entrenadas con esas ideas y por eso la gran mayoría de las secretarias asumen esa infinidad de "variaciones" sobre el mismo rol" (sirvienta, madre, esposa, amante, mujer a fin de cuentas) sin verlo como extraño ni cuestionarlo.

Además la mayoría de las mujeres jóvenes ven en el trabajo una gran posibilidad de encontrar marido, mientras que las casadas ven una posibilidad de dejar el mundo asfixiante del hogar. Sin olvidar, por supuesto, que necesitan ambas trabajar por razones económicas. Pero cuando llegan al trabajo "escapan" de una realidad no agradable y pueden cultivar una serie de fantasías.

Mientras no se considere la opresión específica de las secretarias como un problema general de todas las

mujeres y se crea que esta situación es "natural" y que no tiene nada de raro o cuestionable, las secretarias, y todas las mujeres trabajadoras, seguirán brindando estos servicios femeninos y serán doblemente explotadas. Como dice M. K. Benét: "el mundo del trabajo invadirá la vida de un número cada vez mayor de mujeres. Tal vez la conciencia de su poder las ayude a encontrar medios de utilizarlo para que su trabajo resulte más satisfactorio y arrancar de sus patrones las compensaciones que deberían tener. No habría conflicto alguno entre la batalla de las mujeres y la de las otras víctimas del capitalismo; se trata, en efecto, de la batalla de todo el mundo y lo que las mujeres ganen para sí beneficiará a la sociedad entera".

Posición social de la secretaria de dirección

— Detentadora de la intimidad intelectual del jefe de empresa o del jefe de servicio, la secretaria de dirección no puede, sin traicionarlo, tomar posiciones **contra** su jefe.

— Es un **cuadro** intermediario benevolente, **despolitizado**, entre el patrono y el personal; nada de "cuentos", de chismes, ni de incitaciones en un sentido o en otro.

— **Calidad de servicial sin familiaridad.**

Debe eclipsarse discretamente en presencia de sus superiores, tratar con **elegancia** a sus subordinados. Sus consejos, sus intervenciones, sus correcciones de errores serán tanto más apreciados en la medida en que los efectúe discreta e inteligentemente.

La secretaria no es «alguien», sino la segunda de «alguien».

— **La secretaria tiene las cualidades complementarias del jefe.**

— Es ordenada para que el jefe pueda no serlo.

— Es paciente para que él pueda ser impulsivo.

— Es metódica para que él pueda crear.

— Suple discretamente, y sin ostentación, sus insuficiencias.

— **Nada de ocios para la secretaria**

Se halla siempre «bajo presión», de igual forma que en el depósito se hallan preparadas las máquinas que, a la primera señal, deben intervenir en la carrera. Se halla lista para la acción, como dicen los marinos.

Tomado de la "Guía práctica para la secretaria de A. PRATTE.